

ABRAZAR TODOS JUNTOS LA “NAFARROA OSOA”

Juan Ramón Zubiete / Licenciado en ciencias sociales

Egin, 6-8-1996

El pueblo vasco se encuentra ante una gran encrucijada. El franquismo desvertebró profundamente nuestra sociedad; aumentó las distancias entre las diversas comarcas; sepultó al euskara en una larga noche de piedra; auspició la entrada, como nuevo caballo de Troya, de legiones de trabajadores españoles deseosos de salir del subdesarrollo al que les había obligado al caciquismo extremeño, castellano o andaluz y reprimió con saña sangrienta cualquier manifestación del alma vasca, por sencilla que fuera. Tras salir de esa larga etapa, nos creímos, incautos, que lo peor había pasado y que ahora (hablo de 1976) nos disponíamos a celebrar la victoria. Tan sólo una minoría de nuestro pueblo, la más consciente y la más desprendida a un tiempo, no hace falta citar siglas tan conocidas, se dio cuenta de lo que ocurría y para desconsuelo de la progresía madrileña, continuó su lucha por la soberanía de Euskal Herria, del pueblo vasco, de todos y cada uno de nosotros, en suma.

La democracia, que bajo la corona de la dinastía Borbón, avanzaba con luces y sombras en España, no lo hizo en nuestra tierra y hasta el día de hoy, para nuestra desgracia, seguimos sufriendo la ocupación de las fuerzas militares y policiales mandadas por Madrid y París. Así de sencillo. Cualquier patriota vasco lo sabe. No somos ni mejores ni peores que los españoles, los franceses, los portugueses o los irlandeses. Simplemente somos diferentes en nuestras costumbres, nuestra forma de vivir, nuestra lengua, nuestra manera de asentarnos sobre la tierra. Los africanos corren más, los alemanes trabajan mejor, los rusos beben con más gracia. Los estadounidenses fabrican más coches, pero los vasconavarros queremos volver a tener soberanía, gobernar sobre nuestro territorio, decidir con quién queremos jugar al mus o a quién queremos invitar a txakoli.

Me gustaría ahondar en una cuestión que desde hace años me ocupa y preocupa, y que por ser un tanto heterodoxa no suele ser discutida entre las familias abertzales, incluyendo aquí a todos aquellos que se sienten ante todo vascos y navarros, igual me da, pero nunca españoles o franceses. Me explico, El concepto que hoy manejamos de Euskal Herria, como territorio que se asienta a ambos lados de los Pirineos, desde Lanestosa, en el extremo occidental, hasta Baiona, desde Oion hasta Cortes, ha tenido a lo largo de la historia una sola conformación jurídico-política: el Reino de Navarra. Es evidente que, a pesar del juego de las diversas dinastías reales, Navarra se configuró durante varios siglos como reino independiente, con peso en Europa Occidental y en algunos aspectos como avanzadilla sociocultural de su tiempo. La mayor parte de aquel territorio pertenece hoy al Estado español y una pequeña porción al francés, pero hasta que no alcancemos de nuevo la centralidad navarra o vascona o como se le quiera llamar, que está en Iruñea-Pamplona, ni a este lado ni al otro de la muga impuesta por nadie, sino aquí, en el centro histórico-político de la “Nafarroa Osoa”, no conseguiremos ser libres como pueblo y alcanzar la soberanía.

Aunque el Reino de España y la República de Francia nos concedan graciosamente el derecho de autodeterminación, seguiremos sin ser libres. Por dos razones, esenciales. La primera es que toda la corriente abertzale y/o nacionalista que proviene de los hermanos Sabino y Luis Arana Goiri, llamémosla aranismo, ha confundido deseos con realidades, historia y fantasía, Bizkaia con Euskal Herria. La segunda es que el derecho de autodeterminación, sustento teórico impulsado por el dictador y genocida José Stalin y utilizado torticeramente por los partidos comunistas ortodoxos y por-Moscú de los años treinta en adelante, es un subterfugio que esconde la anidmaversación, si no el deseo de aniquilación de los pueblos, como bien se ha comprobado en los territorios conquistados por los rusos a sus pueblos limítrofes. Chechenia es hoy mismo el ejemplo paradigmático de esa práctica. Izquierda Unida, que asume el derecho

de autodeterminación para gritar a continuación por boca de Anguita o Romero “¡Viva la unidad de los pueblos de España!” es más de los mismo en esa nefasta corriente política antiabertzale.

Aranismo

Por tanto, aunque algunos amigos consideren una perogrullada lo que voy a decir, el que mayoritarias corrientes abertzales se empeñen en hacer residir en el derecho de autodeterminación nuestra futura libertad es, creo humildemente, una trampa saducea para nuestro pueblo. Los vasconavarros somos soberanos *per se* y ningún ocupante por la fuerza de las armas, no lo olvidemos, tiene derecho a negarnos o concedernos la capacidad de ejercer el derecho de autodeterminación. Somos soberanos y ejercemos nuestra soberanía, de forma democrática, desobedeciendo leyes, órdenes, reglamentos, consignas y demás consideraciones que provengan de Madrid o París.

Pero, de verdad, el asunto central que quería abordar en este texto era el balance de lo que ha supuesto el abrazo a las tesis bizkaitarras por parte del grueso del abertzalismo histórico. La izquierda abertzale, desde ANV a ETA, y no ha habido más, ha asumido como suyos principios que no creo sean tan inamovibles. Con buena fe y marcando las diferencias, error de los errores, en el terreno social, nos hemos conformado como hijos izquierdistas del padre Arana, aborreciendo su racismo centroeuropeo y sus desviaciones españolistas de última hora, pero abrazando sin escrúpulos Euzkadi, la bicrucífera, la superioridad étnica de los vascos o el nefasto “Nafarroa Euskadi da” de aquellos erráticos años.

Es una opinión muy personal, pero creo que la división de los territorios que siguen bajo dominio español se debe, en buena parte, a ésto. Esa idea acuñada en Bilbao y alrededores, de que Tudela “está lejos” o de que los navarros son medio españoles porque en la Ribera no se habla euskara, cuando tan sólo sabemos decir “Egunon” y “Gero arte” y cantar el himno del Athletic, es una ignominia. Un insulto al *corpus* central vasconavarro. Es fácil hacer recaer en personajes como Jaime Ignacio Del Burgo o Jesús Aizpun todos los males que aquejan a nuestra patria, pero hasta que no nos demos cuenta que Nafarroa no puede integrarse en Euzkadi, ese triángulo de las Bermudas donde se pierden nuestros galeones independentistas, no conseguiremos avanzar. Y es que Euskadi-CAV es un cachivache sin futuro, sustentado en la Ertzaintza, el aeropuerto de Foronda y el palacio de Ajuria Enea.

Es triste comprobar cómo dentro de las filas de la izquierda abertzale hay gentes que consideran a la CAV como una especie de embrión del futuro Estado soberano y que muestran su pesar porque Navarra no está dentro del invento. Son los mismo que insisten en decir que Indurain es vasco y no navarro a secas. Tal vez crean que por estar el palacio de Ajuria Enea adornado por la bicrucífera de los Arana hemos dado un paso adelante. Hay que decir ya sin miramientos que de semejante embrión tan sólo puede nacer un aborto político, una nadería que tal vez consuele a los que con tanta profusión acuden a los estadios de fútbol llevando la ikurriña, en vez de la bandera del equipo de sus amores. Así somos nosotros, así nos creemos que hacemos patria. Y es que lo grande, lo fuerte, lo importante no puede integrarse en la pequeñez y la ruina de un bodrio jurídico más propio de un teatro de marionetas, que tiene por sobrenombre CAV o CAPV y al que Gorordo quiere ponerle la boina bochera en Bilbao con su glorioso lema “Bilbao capital de Euzkadi”. Otro bilbainito que no es capaz de ver más allá de su “Vizcaya chiquita y bonita”.

Hermanos descarriados

En todo caso, serán las provincias *traidoras* de Bizkaia, Araba y Gipuzkoa, tradicionalmente aliadas con los castellanos para conquistar y derruir las murallas navarras las que se integren,

con un abrazo de hermanos descarriados, a la Gran Navarra, la *Nafarroa Osoa* que entre todos debemos reconstruir con la base de la lengua navarrorum, ancha y abierta, con txistu y dulzaina, con bacalao al pil-pil y piperrada, con sidra y clarete.

Lo demás es perpetuar las inercias y el muro de las lamentaciones al que tan aficionados somos los vasconavarros. Los cinco mil patriotas caídos en el año 1521, en la batalla de Noain contra los castellanos, merecen mucho más que eso.